



Por MARTÍN AURELIO CORONA JEREZ
coronajerezmartin@gmail.com

FUE Hugo Chávez quien hizo notar, como caridad cristiana de Fidel Castro, la venta diaria de un pan a cada cubano. Vale la pena recordarlo ahora, cuando el gusto de alimento falta con frecuencia, ha reducido el tamaño, tiene menor calidad o se oferta a precios elevadísimos, debido a los apagones, a la carencia de materia prima o a los "inventos" de infieles administradores de bienes públicos.

Un trozo de harina horneada no basta para vivir, pero sostiene y, sobre todo, constituye incentivo moral, espiritual, que hoy cuesta muchísimo garantizarlo y, gracias a las esencias humanas de una re-

Granmenses de arriba

volución social, continúa llegando a la boca de niños, adolescentes, jóvenes y adultos.

Hay ocasiones en que el repaso de esos pensamientos se hace casi obligatorio. Por ejemplo, este 25 de noviembre, a ocho años del deceso de Fidel y a 68 del comienzo de una de sus más admirables hazañas, aquella que Ernesto Che Guevara llamaría "la aventura del siglo".

Las ideas asaltan a la mente, porque ha llovido de manera torrencial la noche anterior, a las 10:00 de la mañana siguen los chubascos frecuentes y, en plena Sierra Maestra, en la panadería de la comunidad pilonense de El Plátano, cuatro hombres dan los toques finales a una jornada laboral sudorosa, qui-jotesca y amorosa, transida de

humildad y mencionada apenas en algunos hogares.

El problema es que los sismos del 10 de noviembre derrumbaron la panadería del poblado de Sevilla Arriba, a unos ocho kilómetros de El Plátano. Desde entonces, y no saben hasta cuándo, Yudiel Arias Pérez, maestro panadero y dulcero, con 39 años de edad, y sus compañeros Nicolás Mario Reyes Mas (58), Eduardo Acuña Sosa (55) y Osmani Ramírez del Castillo (34), suben y bajan lomas, a pie, a caballo o en bicicleta, para fabricar las simbólicas bolitas asignadas a los habitantes de su caserío y de sitios aledaños.

Sorteando apagones, aguaceros y bajas temperaturas, y alternando con sus pares de El Plátano, ellos deben elaborar, cada día, tres mil

682 raciones personales, además de las destinadas a alumnos y trabajadores del centro escolar Mártires de Sevilla (también golpeado por los movimientos telúricos) y panes de mayor tamaño, para la venta liberada.

La panadería de El Plátano no solo está entre las más cercanas a Sevilla Arriba, sino que, también sobresale por la excelencia del horno y de la estructura, señala Yudiel.

Así se abrazan, en el lomerío más famoso de Cuba y cuando lo necesita el pueblo, el pensamiento humanísimo de Fidel Castro, la humildad y el patriotismo de los trabajadores, y la obra estremecedora de una Revolución irreversible.



Por DENIA FLEITAS ROSALES
ained25@gmail.com

"Ser joven es una bendición", decía hace poco, en conversación animada, un hombre a quien le faltan, visiblemente, escasos años para entrar en la tercera edad. "Rodearse de ellos, comentaba, es como inyectarse una vitamina que te añade energías".

La plática era a bordo de una guagua que retornaba del municipio de Pilón, cargada de muchachos con sus mochilas repletas de historias, tras llevar sonrisas a los rostros agobiados por el temor de los sismos. "No se cansan, y son primeros para todo".

En quienes escuchábamos no había asombro. Así son los que llevan el sello de la juventud, briosos y enérgicos, alegres y vivaces.

Juventud sin asombro

Cuando hacen lo que les apasiona, no hay lugar para el cansancio, ni circunstancia que ensombrezca el júbilo típico de sus años, ni límites para su creatividad.

Son jóvenes los protagonistas de nuevas hazañas en la historia de la Patria, cual fieles seguidores de aquellos que señalaron el camino de la libertad, desde el sacrificio y la convicción de entregar hasta sus vidas.

Para nombrarles basta con decirles pueblo, porque vienen de él y hacia él revierten sus proezas, emergidas de corazones humildes y sinceros, aptos para las primeras líneas de una batalla desprovista hoy de fusiles, pero remarcada por una voluntad de hacer que inspira, en medio de tan adversas circunstancias.

Esa juventud de acero y miel es la que en fechas recientes colgó a sus espaldas las ilusiones que le animan, para llevarlas a quienes perdieron todo en el torrente de las aguas de un huracán. La que cargó el zurrón de cuentos, cantos e ilusiones, y arropó con las alas de su corazón a los desprovistos de vestiduras por las corrientes de los ríos desbordados.

Esa lozanía es la que esboza júbilo y disipa la aflicción, con la melodía de sus voces y los colores que destilan cual pinceles.

Son jóvenes quienes respondieron con sus manos y gesto solidario tras el estremecimiento de la tierra. Escombros y esperanzas levantaron con sus fuerzas, superiores a las medibles por escalas, porque nacen de las entrañas sacudidas por el dolor, y llevan la magnitud

del altruismo y la dimensión de la generosidad.

Años mozos son los de quienes dejaron de lado el calor del hogar, para adentrarse en la madrugada fría de Occidente y devolver conexiones retorcidas o quebradas por la embestida del viento; de aquellos que en cada centro laboral toman riendas de soluciones creativas y plantan semillas fértiles en el surco.

Pero es esa vitalidad la que impera en los corazones que, aun con más latidos acumulados en el tiempo, obvian la edad para sembrar anhelos e impulsar perseverancia, conscientes de que la juventud es una actitud ante la vida.

No puede haber asombro. Ellos son en sí mismos la admiración. Jóvenes son los que fundan con su vigor. La Cuba de hoy necesita de sus manos e intelectos.



Por ANAISIS HIDALGO RODRÍGUEZ
anaishr2006@yahoo.es

LA yerba se apodera de los frentes del edificio, engulle toda belleza construida, bancos, senderos. Se sabe dueña de cada palmo de tierra y, con su avance implacable, desplaza el mantenimiento.

Otros sitios se desvanecen ahogados por la maleza que crece sin control, como un recordatorio de que la naturaleza siempre encuentra el modo de reclamar lo suyo. Las hojas se amontonan por doquier, mostrando la falta de cuidado.

Hay abandonos cotidianos, comunes, casi invisibles ante la rutina. Sin embargo, esta desatención, que se manifiesta en los espacios públicos, parques, plazas y calles de nuestros barrios, no es solo una cuestión estética, impacta en la sa-

Devolver el alma

lud y en el bienestar, incluso espiritual, cuando, en ocasiones, parecemos haber olvidado la importancia de preservar lo que es de todos.

Los lugares que deberían ser puntos de encuentro, de recreación y de convivencia, se convierten en sombras de lo que alguna vez fueron; en tanto, la pérdida de espacios desdibuja las fronteras de los lazos comunitarios. Las personas dejan de reconocerse en el lugar que comparten y, así, florecen el individualismo, la desconexión y el desarraigo.

Un barrio que se descuida es caldo de cultivo para que crezca el desgano, para que el individualismo plante bandera; donde los residentes se aíslan y ni siquiera intentan salvar "su pedacito".

Devolver la vida a las plazas, parques, barrios, higienizar nuestras calles, no puede ser solo responsabilidad de instituciones, no bastan las numerosas movilizaciones que convocan las autoridades de la provincia, ni el constante empeño de estas en el uso de los escasos recursos en alternativas creativas; es necesario que toda la comunidad se involucre en la salvaguarda de su entorno, que permita la participación activa en la creación y mantenimiento de estos espacios.

¿Alternativas? Muchas, desde activar, con ese fin, el funcionamiento de los Comités de Defensa de la Revolución, hasta impulsar proyectos de arte comunitario y promover actividades que estimulen la convivencia.

El verdadero desafío está en sacudir el conformismo y abrazar la responsabilidad colectiva. Desterrar el abandono implica reconocer que cada rincón es parte de nosotros, y que cuidarlo es defender nuestra identidad y la historia.

Transformarlo en espacio vibrante, donde se vuelvan recurrentes las risas, los encuentros y la comunidad, como acto de amor hacia nosotros y, sobre todo, hacia el lugar donde crecen nuestros hijos.

No permitamos que la yerba siga su danza indiferente, porque con cada brote se burla de lo construido, se ríe de la apatía, se abre paso entre las fisuras, recordemos a quienes pasan que la vida es resiliente; que, incluso, en la falta de atención, algo florece, algo persiste.



A vuelta de correos

Por EUGENIO PÉREZ ALMARALES
reperez@enet.cu

¡Bien por la escuela Adosinda Alsina!

Con la solicitud de hacer público un reconocimiento a la escuela primaria Adosinda María Alsina Álvarez, de Bueycito, en Buey Arriba, nos escriben Juan Chávez Vázquez y Yamisleydis Moreno Milán, del núcleo del Partido de la zona 64.

Nos cuentan que en el plantel cursan estudios niños de la Primera Infancia, de Primaria y de la Educación Especial, y que sus 54 trabajadores se esmeran en la calidad de

la formación patriótica e integral de los educandos, incluido el cuidado del centro.

Añaden que atienden de manera especial a niños que viven en situación social compleja y con enfermedades crónicas.

Asimismo, alumnos y trabajadores destacan en las labores agrícolas en su parcela, donde cultivan plátano (macho y burro), guayaba, mango y café.

